

ÍNDICE — (continuación).

Página

VERSIONES:

Sapientia	<i>El mismo</i> ...	195
Problemas	<i>H. Heine</i> ...	197
La Balada de la Vida Ex- terior	<i>Hugo von Hofmannsthal</i>	199
Sueño Vivido	<i>El mismo</i> ...	201
El Señor de la Isla ...	<i>Stefan George</i> ...	203
Mozo de Aldea	<i>El mismo</i> ...	205
Las Guacamayas	<i>El mismo</i> ...	207
Aniversario	<i>El mismo</i> ...	208
Interpretación	<i>Peter Altenberg</i> ...	209
Constancia	<i>Luis de Camoens</i> ...	210
Nocturno	<i>Eugenio de Castro</i> ...	211
La Corona de Rosas ...	<i>El mismo</i> ...	212
Amor Verdadero	<i>El mismo</i> ...	213
Después del Diluvio ...	<i>El mismo</i> ...	214
Sagramor	<i>El mismo</i> ...	215
Catarina de Maide	<i>El mismo</i> ...	216
La Mosca Azul	<i>Machado de Assis</i> ...	220
Soneto	<i>Olavo Bilac</i> ...	223

 EL POETA.

EL POETA.

El año de 1896 la Capital colombiana oyó hablar por primera vez de Guillermo Valencia a causa de un incidente parlamentario insignificante y ruidoso. Una mayoría intolerante necesitaba dar el ejemplo de una votación abrumadora en que no contaban con el asentimiento de Valencia. Era menester eliminar ese voto para que no lo poseyese la minoría. Se suscitó entonces la cuestión relativa a la edad del poeta. Querían descalificarlo porque no tenía los veinticinco años requeridos por la ley para vestir las insignias de representante del pueblo. En efecto, no tenía entonces veinticinco años. Era fácil probarlo, pero la misma edad temprana del diputado, su presencia, la aureola que empezaba a formarle su inteligencia, desarmaron a los promotores de este sacrificio. Pasado el incidente, era Valencia una figura nacional. Lo habría sido por unas semanas si no hubiera tenido más méritos que la precocidad y la apostura. Tenía, sin embargo, una sensibilidad nueva que desenvolver y ampliar a los ojos de los

bárbaros. Tenía un espíritu preparado para recibir en labor tumultuosa las nuevas ideas de su tiempo y para reflejarlas en una obra poética donde hay páginas que devuelven el brillo de las antorchas con que fue anunciada hace treinta años una buena nueva.

Quando terminó esa labor parlamentaria, el espíritu de Valencia se difundió por los cenáculos literarios de Bogotá en busca de las ideas que agitaban el mundo de las letras. Había en esos momentos una fermentación de las ideas, complicada con los signos inequívocos de una renovación substancial en las formas. Acababa de morir Silva, cuya acción sobre la vida intelectual bogotana había sido la del más poderoso excitante. Se habían formado cenáculos. Había solitarios empeñados en recoger dentro de sus cerebros las ondas hertzianas del movimiento intelectual del mundo. Era un momento en que estudiar parecía un nuevo vicio inventado para destruir una raza, y en que el objeto más bello de la vida había sido concentrado en la ardua, complicada y destructora labor de pensar. En ese medio Valencia encontró por instantes su natural habitáculo. Conforme a la distribución geográfica de las deformaciones intelectuales, allí se tocaban la zona del liquen religioso clasificado por Juan de Dios Uribe y las

líneas isotérmicas de ese mar interior de cuyas algas se exhalan los venenos de la inteligencia :

Oh ! mère qui créas en ton sein juste et fort
Calices balançant la future viole
Des grandes fleurs avec la balsamique mort
Pour le poète las que la vie étiole,

repetía Valencia revolviendo sus ojos pequeños, húmedos y mórbidamente luminosos, sobre el paisaje sentimental frecuentado por la bohemia de aquellos generosos días.

En 1898 vino a Europa. Puede cualquiera figurarse cómo recibió por todos los poros las ideas y los sentimientos de que estaba entonces impregnada la atmósfera cultural. No consentía que forma ninguna de arte le fuera extraña. Su forma natural de expresión artística es el verso ; pero la música, la escultura, la pintura, le hacen vibrar con vehemencia sonora. La música y la pintura muy especialmente : de la primera se vale a menudo para ensanchar el mundo de su sensibilidad y para enriquecer sus metáforas ; de su amor inteligente a las artes del color y de la línea dan testimonio en este volumen la emoción viva que suscitan en su ánimo el auto-retrato de Boecklin y la Melancolía de Durero. Volvió al país en momentos en que un vértigo de pasiones contenidas y de injusticias escabrosas había dividido

a la nación en dos campos armados, dispuestos a obrar el exterminio en las formas más dolorosas y extrañas. Tomó parte en la lucha de gladiadores, porque no les era posible en esos momentos desempeñar el papel de espectadores, ni aun a los filósofos idealistas. El mundo era voluntad más bien que representación.

La guerra terminó de súbito. Valencia volvió a su provincia. Y aquí es necesario apoyar un poco sobre el vigor adquisitivo de su inteligencia y sobre el influjo que en ella ejercen los hombres y los libros. Es constante que el trasegar por sistemas filosóficos, aplicándoles con esmero la lente convexa de las propias impresiones, acaba por desengañar de las teorías y por inducirnos a encontrar plausibles todas las explicaciones del universo. Sucede también que las lecturas copiosas, en espíritus capaces de someterlas al análisis de la experiencia personal, les quitan a los libros su poder virulento sobre la propia inteligencia. Valencia ha recorrido el mapa histórico de la filosofía con la mirada escudriñadora del que quiere orientarse para dominar los puntos salientes del territorio. Pero el escudriñar menudamente no le ha hecho perder de vista la estrella misteriosa que se posó en Belén. Las filosofías son para él ciertas o plausibles en cuanto no destruyan el imperativo

categorico firmado con sangre sobre el Calvario. Y con todo, algunos libros le atraen con fascinaciones irresistibles. Algunos heterodoxos de la hora presente han tenido el privilegio de señalarle rumbos en la existencia. Abandonar la Capital colombiana e irse a dedicar toda su actividad y cariño a las gentes, ideas e intereses de su ciudad natal, fue un pensamiento que le sobrecogió, sin poder remediarlo, al leer las últimas páginas de ese libro en que Mauricio Barrés pormenoriza la psicología de los *desplantados*. Desde entonces vive en Popayán. Estudiemos el ambiente de esta curiosa villa, a quien le ha dedicado Valencia, a más de sus anhelos de ciudadano, extrañas rimas de un sentido recóndito. Los españoles que entraron por el Sur a tierras de Nueva Granada toparon en la primera parte del curso del río Cauca con un verdadero paraíso. Habían pasado por la montaña helada, celosa y abrupta, en viaje de miserias y de desesperación. Cayeron de repente en un clima benigno, una tierra levemente ondulada, fácil a los cultivos, surcada de varias corrientes, cubierta de flores y de hermosos árboles. Allí fundaron un pueblo, cuyas agitaciones posteriores labran hondo surco en la historia de la comarca. Ha sido un almacigo de grandes hombres. De allí han salido varones a regir la Iglesia colombiana, a llevar el peso del gobierno civil, a dirigir campañas de fama hortipi-

lante, a sacudir el candor de las multitudes cuando el fuego de la oratoria era elemento de dominio, a difundir enseñanzas vitales por todo el haz de la patria. Una atmósfera tibia, una temperatura constante, sensibilizan exquisitamente los nervios. La vecindad de los altos montes y volcanes, la dirección de los vientos, tienen de continuo la atmósfera en máxima tensión eléctrica, que se descarga periódica y frecuentemente sobre el poblado en sonoras y luminosas tempestades. Los cerebros parece que se resintieran de la presencia del flúido: son vivaces, explosivos, luminosos. La ciudad tiene vínculos de hierro con el pasado, a tiempo que carece casi de medios de comunicación con el resto del mundo. Su situación, la mentalidad de sus hijos, la riqueza ubérrima de la comarca, la han convencido de que se basta a sí misma. Las glorias del pasado español las ha hecho propias, y el espíritu maleante de sus vecinos ha señalado en su recinto la piedra que cubre los restos inmortales del Ingenioso Hidalgo. Esta ciudad ama a Valencia con un cariño exclusivo. Le llama su poeta y lo ha condecorado.

El haber nacido en ella no es el solo rasgo que le califica de vate popayanejo. Hay entre él y su ambiente predilecto marcadas consonancias. En esa ciudad riñen batalla cotidiana el pasado, el presente

y el porvenir. Esa lucha es el estado de espíritu más discernible en Valencia. Es un poeta alejandrino. Señalemos los distintivos de la condición mental designada en filosofía y en literatura con el nombre de "alejandrismo."

"L'alexandrinisme" — dice Faguet — *"c'est la tendance à un repos relatif après une période d'agitation."* El crítico normaliano estuvo lejos de ser preciso al ofrecer esta definición en el estudio finísimo e interesante, destinado a fijar las líneas esenciales de un estado de espíritu, local por su primera manifestación y universal por sus periódicas reparaciones. La palabra *relativo* parece agregada por el crítico al revisar las pruebas de imprenta; parece agregada por un alejandrino sobre el manuscrito de un filósofo positivista. El alejandrismo es el resultado de una viva agitación, producida en espíritus selectos por el choque de varias civilizaciones. Es una predisposición a hallar plausibles todas las teorías y a trazar las líneas sinuosas en que se enlazan todos los sistemas que se contradicen. Ocurre esta manera de ver las cosas siempre que se ponen en pugna dos o más formas de cultura, y cuando el espíritu sufre de la necesidad generosa de.

Querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo.

Tal predisposición trae consigo una sensibilidad hiperestética; una capacidad de percibir preferentemente las medias tintas, las ideas evanescentes, los conceptos que oscilan muellemente entre la verdad y el error. La sensibilidad del alejandrino está en pugna cotidiana con el "bárbaro." (1) Su estado permanente le predispone a sentir que tiene

...*La frente en llamas y los pies entre lodo.*

Para acomodar las formas de expresión a la intimidad de sus sensaciones y fijar los matices más sutiles de ellas, el alejandrino ha obrado siempre transformaciones sobre el coloquio vulgar que ha recibido en herencia. Franz Susemihl, en su *Historia de la Literatura Griega en la Época Alejandrina*, señala con estas palabras la transformación del dialecto ático: "La lengua griega misma, tomando poco a poco un carácter esencialmente distinto, pasó (bajo el influjo de numerosos escritores no griegos de origen, o griegos sólo a medias) de las formas áticas a las formas comunes, que se le habían adherido, pero que no eran en modo alguno una mera corrupción del ático, sino más bien una vegetación nueva, aunque no rigurosamente sana, que se distin-

(1) *Gegen die Barbaren* es la dedicatoria de las traducciones que forman parte característica de la primera edición de sus versos.

guía de la antigua especialmente por una coloración abstracta y rica en formas, al mismo tiempo que por la invasión de nuevas voces compuestas y derivadas y de voluntarios errores gramaticales." Si no se tratara del siglo tercero o cuarto de nuestra era, podríamos presumir que este largo período del historiador alemán era una crítica risueña del modernismo hispano-americano. Añade Susemihl que una de las cuestiones ardientes en la primera mitad del siglo tercero se expresaba en la alternativa de si "los círculos de la poesía estaban colmados, o si era posible diseñar una expectativa para los poetas modernos." Antes de seguir citando a este grave autor, importa hacer presente que escribió hace veinte años, cuando las contiendas del buen sentido o del gusto servil no habían sido reñidas contra el modernismo.

Otro de los caracteres del alejandrismo, según Susemihl, es la aparición en la poesía de la nota íntima y personal. El *yo* que llamaron odioso en tiempos de Fenelón, el análisis de lo subjetivo, era una dolencia alejandrina.

Hay, además, un detalle social de la época alejandrina, señalado por este autor, que nos lleva de la mano a fijar en cifras históricas la reintegración de

Valencia a sus patrios solares. "Toda la vida espiritual se refugió en las pequeñas monarquías donde el lazo común de la religión y de las costumbres helénicas antiguas le cedían el paso a un cosmopolitismo invasor, y en las cuales el individuo podía, para su propia educación y para el desarrollo de sus intereses privados, seguir su personal iniciativa con menos trabas que en las viejas repúblicas." "La mayor parte de los poetas alejandrinos se limitaron, con sentimiento adecuado, a la poesía de contenido estrecho, y en ella lograron crear mucho nuevo y genuinamente poético, especialmente en la descripción de la vida individual interior (*individuellen Seelenlebens*), en la graciosa representación de tiernas, sentimentales y apasionadas sensaciones."

Oigamos a Valencia :

Resurja ya el paisaje cubierto de neblina
Que a los fulgores trémulos de lumbre vespertina
Mis ojos vieron con amor,

Buscando consonancias para mi sér enfermo
Sobre la tierra estéril de aquel infausto yermo
Lleno de musgos y de horror.

—
Yo cifro el mudo lago de la Melancolía...

"El individuo — sigue diciendo Susemihl — se

refugiaba en su interior, y esta incommovilidad del espíritu, la apatía o ataraxia era la más alta mira del esfuerzo humano." (1)

En las *Cigüeñas Blancas*, en *Los Camellos*, los poemas de más honda y tranquila visión intelectual que debemos a Valencia, está calcada como adrede esta sentencia del crítico alemán.

La nota característica de la poesía de Valencia es su predilección por los tonos suaves y por las sensaciones vagas, casi inexpresables; es su timbre más definido para figurar entre los alejandrinos.

Su color favorito es el blanco o el gris; cuando sube un poco en la gama de los tonos vivos, se complace en las suavidades del azul. Cuando echa mano de colores más intensos, es en frases que le son adversas, como él mismo dice, o para evocar con el contraste matices más delicados.

Los Camellos y Las Cigüeñas son una orgía de

(1) Un crítico anónimo, comentando estas opiniones cuando aparecieron en la *Revista de América*, se dejó llevar al extremo de confundir el *preciosismo* con el *alejandrino* para defender al poeta del cargo de preciosismo que nadie le había hecho. No es posible tomar uno por otro estos dos conceptos después de haber fijado el punto de vista y el de distancia en la perspectiva histórica.

blanco, y no sólo en los colores, sino en las sensaciones de tacto, en los sonidos y perfumes, su sensibilidad parece limitada a lo exquisitamente atenuado. El silencio, la sombra, el recuerdo, los ecos mudos, frecuentan su poesía como una antigua mansión abandonada :

“ Oír los *mudos ecos* que pueblan los santuarios,
Amar las hostias *blancas*, amar los incensarios.

—

Exangüe como un mármol de la dorada Atenas.

—

La que robó al piano en las veladas frías
Parejas voladoras de *blancas* armonías.

—

La luna como un nimbo de Dios, desde el Oriente
Dibuja sobre el llano la forma *evanescente*.

—

Resurja ya el paisaje que reflejó mi mente
Como refleja el fondo de *limpida* corriente.
El *gris* del turbio anochecer.”

Es digno de notar en estas citas el trueque de las sensaciones. El sentido de la vista le suministra al del oído términos para enriquecer la gama de las sensaciones. El procedimiento, rigurosamente alejandrino, les ha sido increpado a los poetas mo-

dernistas con igual amargura que ineptitud. A más de corresponder a un estado de alma alejandrino, es uno de los recursos del espíritu humano para enriquecer las lenguas. *Suave*, corresponde originalmente a una sensación de tacto: la lengua ha expandido su significación aplicándola a todas las otras sensaciones. *Leve*, es sensación táctil por excelencia: el sonido, el color han menester de este calificativo para aumentar sus aplicaciones a la descripción de las sensaciones. *Dulce*, que es un calificativo del gusto, ha traspuesto su significado para servirles a los otros sentidos.

Una nota característica se agrega sin esfuerzo a estas consideraciones. Es la predilección de Valencia por ciertas épocas históricas y por los paisajes del Oriente. *San Antonio y el Centauro* dialogan en Oriente sobre la revaluación de los valores morales que se iba verificando en el momento en que desaparecía una manera de ver el mundo. El paisaje y el concepto son manifiestamente alejandrinos. *Palémón el Estilita* contempla desde su columna la transformación completa de las ideas por que se regía el mundo antiguo.

* * *

Las traducciones contenidas en este volumen de poesías, entre las cuales hay varias inéditas, documentan la sensibilidad del poeta con la misma precisión que sus obras originales. Algunas de ellas son un milagro de reproducción. El símbolo de vastos alcances escondido entre las rimas esotéricas del *Señor de la Isla*, de Stephan George, aparece con todo su prestigio en la versión insuperable de Valencia. El *Sueño Vivido*, de Hofmansthal, es otra maravilla de transcripción. *César Borgia*, de Verlaine, no ha podido ganar un intérprete más concienzudo ni más hábil.

En algunos casos la eficacia de su palabra acendra el mérito del original, como cuando pone en verso castellano un apólogo de Machado de Assis.

* * *

El instinto de conocimiento, que en Valencia asume proporciones tiránicas en frente de las otras funciones vitales, le ha ido arrebatando, sin duda, la propensión a fijar en rimas complicadas el treno de sus sensaciones. La capacidad asimilativa y el placer de adquirir nuevas nociones en el trato con los hombres y con los libros, desvía, tal vez, las fuentes

de inspiración. Sus amigos le suponen entregado en este momento a la meditación de un poema dionisiaco, en que quiere resumir completamente su noción de la vida. El fragmento que aparece en este volumen sugiere el alcance de su empeño. Con esa obra y sin ella, la poesía hispano-americana les ofrecerá el nombre de Valencia a los críticos del porvenir para determinar el influjo que en esas comarcas ejercieron las corrientes renovadoras en los últimos días del siglo XIX.

B. SANIN CANO.